

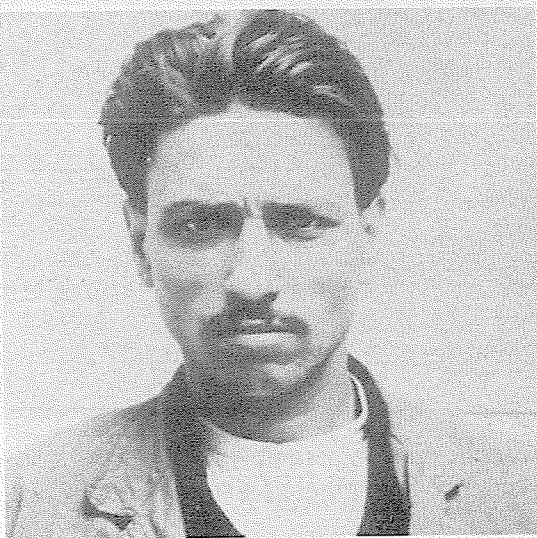


Las bombas del 'Coix de Sants' obligaron a tener portero

El acreditado novelista Antoni Dalmau quedó seducido por las posibilidades que le ofrecía el anarquista Joan Rull, el de las bombas.

Y comenzó a documentarse; sucedió entonces que la información que encontraba, alguna inédita y emocionante, le fascinó en tal medida, que le indujo a escribir un libro de historia. Pese a su calidad de neófito, Dalmau ha conseguido en el libro que finalmente ha escrito, *El cas Rull*, una obra ejemplar, merced al rigor que exhibe, la profundidad de la in-

vestigación, la apabullante información reunida y sobre todo una buena pluma, por desgracia infrecuente aquí en el género. Uno de los grandes hallazgos, obtenido no sin tenacidad, es haber logrado reconstruir el siniestro paso del anarquista francobelga Gustave Maurice Bernardon Lizot, de quien se ignoraba casi todo. No era éste un hombre de palabras, es decir, aplicado a la demagogia que calienta las masas; era un revolucionario de química.



ban en cuanto alguien las cambiaba de posición, lo que facilitaba mucho las cosas a los que las colocaban. Bernardon fue el responsable directo de que Barcelona pudiera enseguida ser calificada como la ciudad de las bombas. Vivió durante medio año en casa de Joan Rull y le enseñó fabricar aquel terrible material destinado a sembrar el terror.

Una consecuencia directa fue que la autoridad se impuso impedir la facilidad que hasta entonces existía para depositar en las porterías el terrible artefacto explosivo. Por real decreto se ordenó en 1908 la

ma de cuerdas para abrir el pestillo y evitar tener que bajar para abrir cuando llamaban.

Habida cuenta del precedente y su eficacia, el franquismo no dudó en aprovechar desde el primer momento la red de porteros para afinar el control de los ciudadanos hasta extremos insospechados.

En la Barcelona de las bombas se llegó incluso a contratar un detective de Scotland Yard, Mr. Arrow, que pasó a ser popularmente denominado *Mister Arrós*. Fracasó, claro. Que los gobernadores pudieran llegar a negociar y confiar en Rull, indica tanto su grado de



'EL CAS RULL' / COLUMNA

Rull (izquierda) colocaba bombas perfeccionadas por el químico francobelga Bernardon

Bernardon no era un anarquista de palabras, sino el químico que mejoró las bombas

obligación de tener portero, quien debía vigilar la escalera e impedir la comisión de delitos y para ello pasaba a ser equiparado a agente de la autoridad. Así pues, debía perseguir al delincuente y podía detenerlo. Si no había portero, era obligado mantener cerrado el portal. Tal medida obligó a introducir un curioso siste-

ineptitud como la seducción que era capaz de exhibir el *Coix de Sants*, que así le apodaban.

Antoni Dalmau ha conseguido tejer una reconstrucción del ambiente que padecía Barcelona en la embocadura del siglo XX y trazar un minucioso perfil humano de Rull, con tal verismo, que, pese a tratarse de un riguroso libro de historia, incluso el lector medio será capaz de hacerse una imagen genuina y exacta. Pero hay más: pese a que se conoce previamente el desenlace final trágico, se sigue el camino de la investigación con interés creciente. En suma, el historiador no nos hace añorar ni mucho menos al novelista. ●